El plan climático de Biden es un ambicioso intento por cambiar el papel de EE. UU. en el mundo

La FAO estableció que el consumo de carne aumentará más de 80% en 2030 en los países emergentes y en desarrollo, para trepar luego a 200% o más en 2050.

El cálculo del Departamento de Agricultura de EE. UU. (USDA) es que el ganado vacuno estadounidense (90 millones de cabezas en 2018) emite cinco millones de toneladas de gas metano por año, tres veces más que el conjunto del sector petrolero, a los que hay que sumar 135.000 toneladas de metano anuales provenientes de los desechos animales.

La industria proveedora de carne estadounidense es la que tiene menos intensidad de emisión de gas metano en el mundo, con la particularidad de que la mitad de la emisión de dióxido de carbono (Co2) de la agricultura norteamericana proviene de la industria cárnica y dentro de ella, la capacidad de emisión de metano de la ganadería vacuna es tres o cuatro veces superior a la derivada de la producción porcina o aviar.

El sistema digestivo bovino es un mecanismo extraordinariamente eficiente de conversión del material fibroso de altos contenidos de carbohidratos en alimentos de elevada calidad nutritiva, ante todo carne y leche.

Al mismo tiempo, este poderoso sistema produce metano en grandes cantidades. El metano es un gas con efecto invernadero que contribuye aproximadamente con 18% al calentamiento global, también denominado “cambio climático”.

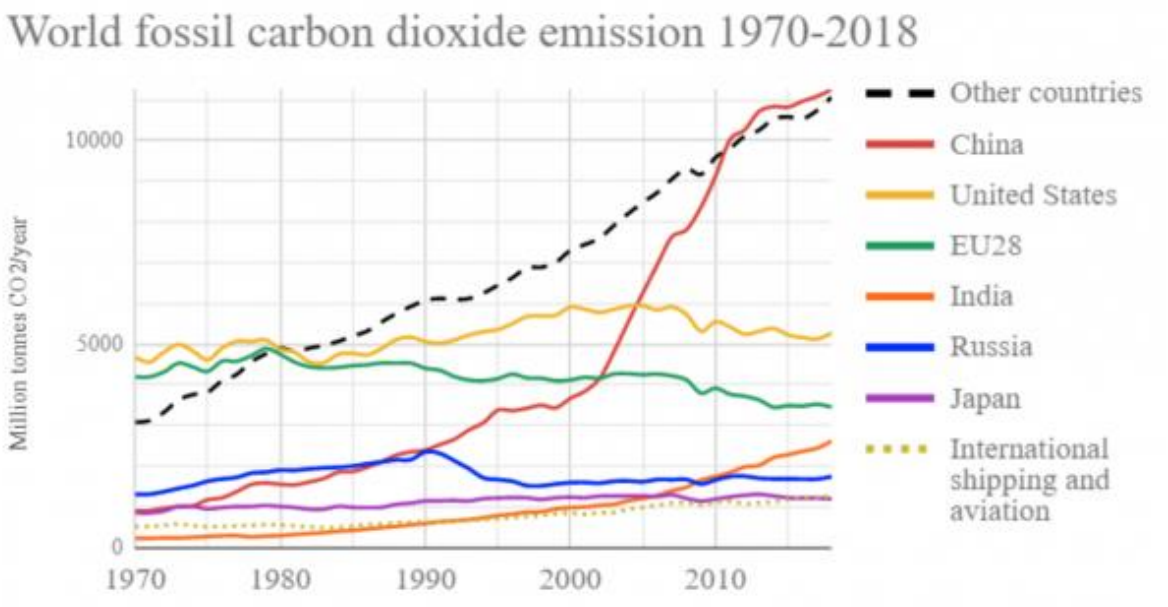
El rasgo distintivo del metano es que es 20 o 30 veces más contaminante que el dióxido de carbono (Co2) y en segundo lugar que su tasa de acumulación ha crecido exponencialmente por encima del Co2, lo que significa que su importancia estratégica en el calentamiento de la atmósfera es cada vez mayor.

El cálculo de FAO (Organización de Naciones Unidas para la Alimentación) es que la emisión de gas metano por el ganado bovino ascendió en el mundo a 58 millones de toneladas en 2018, lo que representó 73% del total de las emisiones de las especies domésticas. La producción de metano depende en forma directa de las características de la dieta vacuna.

El concepto es este: la emisión de metano es energía alimentaria que se transforma en gas, y que, por lo tanto, es desaprovechada por el animal, lo que reduce su eficiencia energética. En términos energéticos, la emisión de metano es un desperdicio.

Por eso, el ganado bovino superó en el mundo los 1.000 millones de cabezas en 2017; y con Brasil liderando esta tendencia mundial, por su condición de poseedor de un rebaño de más de 200 millones de animales, se ha transformado en el principal exportador mundial.

India, con 1.400 millones de habitantes, dispone de más de 300 millones de vacunos, pero por motivos culturales e históricos derivados de la religión hindú, este inmenso stock vacuno está afuera del mercado y el consumo. (https://www.noticiasagropecuarias.com/2020/01/16/en-estados-unidos-reduciran-la-emision-de-gas-metano-en-produccion-de-carne/)



Estos son cuatro asuntos clave de los esfuerzos del nuevo gobierno para atender el calentamiento global.

El 27 de enero, el presidente Joseph R. Biden dijo que el cambio climático debe considerarse "un elemento esencial de la política exterior y la seguridad nacional de Estados Unidos". Es probable que esto traiga consigo grandes cambios en el rol de Estados Unidos en el mundo.

Según los expertos en política exterior, el hecho de que el gobierno de Biden se haya reincorporado al Acuerdo de París, el pacto mundial adoptado por casi 200 países para frenar el cambio climático, es solo el primer paso. Hacer frente al cambio climático requerirá una reevaluación de todo, desde la postura militar de Estados Unidos en el Ártico hasta la asistencia a los países frágiles para abordar las consecuencias de los riesgos climáticos

"Cambia la postura de defensa, cambia la postura de política exterior", afirmó John D. Podesta, un exfuncionario del gobierno de Barack Obama. "Empieza a impulsar muchas decisiones en política exterior, diplomacia y política de desarrollo".

Una orden ejecutiva de la Casa Blanca nos dejó vislumbrar ese cambio. Biden instruye a las agencias de inteligencia de la nación a que evalúen los riesgos que plantea el calentamiento global en todo el mundo y también instruye a todas las agencias gubernamentales a que averigüen cómo es que las "consideraciones climáticas" pueden incluirse en sus prioridades internacionales.

"Atender el cambio climático puede ser, y será, un pilar central de la política exterior del gobierno de Biden", señaló Meghan O'Sullivan, quien fungió como viceconsejera de seguridad nacional durante la presidencia de George W. Bush y ahora dirige el Proyecto de Geopolítica de la Energía en la Escuela Kennedy de Harvard. "Significa infundir la cuestión del clima y el medioambiente en nuestras políticas comerciales, nuestros programas de ayuda exterior, nuestros debates bilaterales e incluso nuestra preparación militar".

John Kerry, experimentado político y diplomático que es el nuevo enviado de Estados Unidos para el cambio climático y miembro del

Consejo de Seguridad Nacional de Biden, es el encargado de dirigir ese cambio. He aquí cuatro asuntos importantes a los que hay que estar atentos en las próximas semanas y meses.

¿Estados Unidos puede hacer frente a su propio problema climático?

En su primer día en el cargo, Biden inició el proceso de reincorporación al Acuerdo de París. Ahora viene la parte difícil: Estados Unidos, responsable de la mayor parte de las emisiones de gases de efecto invernadero que han calentado el planeta desde la era industrial, debe establecer objetivos específicos para reducir sus propias emisiones de aquí a 2030 y poner en marcha políticas internas para alcanzarlos

Greenpeace ha abogado por una reducción del 70 por ciento de las emisiones respecto a los niveles de 2005, mientras que el Instituto de Recursos Mundiales y otros defensores de Estados Unidos han presionado para que sea de alrededor del 50 por ciento.

Esto coloca a Kerry en una posición delicada. Unos objetivos más ambiciosos le darían más influencia sobre otros países antes de las próximas conversaciones mundiales sobre el clima, previstas para noviembre en Glasgow. Sin embargo, el establecimiento de objetivos para reducir las emisiones nacionales no será tan sencillo desde el punto de vista político, en especial con un Senado dividido.

Funcionarios de la Casa Blanca dijeron el 27 de enero que esperan que los nuevos objetivos de reducción de emisiones se anuncien antes del 22 de abril, fecha en que se celebrará la cumbre mundial del Día de la Tierra.

El 23 de enero, en un discurso dirigido a los alcaldes estadounidenses, Kerry señaló que este gobierno trataría de alcanzar el equilibrio entre lo ambicioso y lo realista. “Tenemos que ir a Glasgow con la realidad y tenemos que ir a Glasgow con fuerza”, dijo.

El miércoles, en un discurso ante el Foro Económico Mundial, describió la reunión de Glasgow como “la última oportunidad” para que el mundo se encamine a evitar los peores efectos del cambio climático. “El mundo espera mucho de todos nosotros”, dijo.

¿Qué hará Estados Unidos con China?

El clima puede ser una de las pocas áreas de cooperación en una relación cada vez más tensa entre Washington y Pekín. Los dos países son los mayores emisores y las mayores economías del mundo y, sin medidas ambiciosas por parte de ambos, no hay forma de que el mundo pueda frenar el calentamiento del planeta.

Podesta señaló que el gobierno de Biden tendría que crear "una vía protegida en la que los otros temas no obstaculicen la conversación sobre el cambio climático".

China también se ha adelantado en algunos aspectos. Su presidente, Xi Jinping, declaró en septiembre pasado que Pekín aspiraba alcanzar la neutralidad de emisiones de carbono para 2060, lo que significa que planea capturar sus emisiones de carbono o compensarlas mediante la compra de créditos para proyectos verdes, como los programas de reforestación.

Kerry señaló el miércoles que China había revelado poco sobre cómo planeaba alcanzar su meta para 2060 —"no tenemos ni idea", dijo—, pero advirtió que otras cuestiones entre Estados Unidos y China no deberían impedir las conversaciones sobre el clima. "Es urgente que encontremos una forma de compartimentar para avanzar", declaró en una rueda de prensa en la Casa Blanca.

No en vano, a los primeros a los que Kerry se ha acercado como representante en cuestiones climáticas son los gobernantes europeos. Su mejor oportunidad de presionar a Pekín es hacerlo junto a la otra gran economía del mundo: la Unión Europea.

¿Qué influencia tiene Estados Unidos?

Kerry ha dicho en repetidas ocasiones que se propone "aumentar las ambiciones" de todos los países. Estados Unidos tiene a su disposición algunos premios y castigos diplomáticos.

El nuevo representante climático podría utilizar un acuerdo comercial bilateral entre Estados Unidos y México, por ejemplo, para convencer a este país de que se abra a la inversión estadounidense en proyectos de

energía limpia. Podría fomentar la inversión privada estadounidense para animar a India a abandonar el carbón y acelerar las energías renovables.

También podría canalizar la asistencia para el desarrollo de Estados Unidos a fin de ayudar a los países a adoptar una economía verde, algo por lo que Washington no es conocido, como señaló Kelly Sims Gallagher, exfuncionaria de la presidencia de Obama.

“Que Estados Unidos sea visto como un país que ayuda a los países vulnerables a ser resilientes y que permite un desarrollo con bajas emisiones de carbono, mediante el fomento real de un desarrollo con bajas emisiones de carbono, nos daría mucha buena voluntad”, señaló Gallagher, quien en la actualidad es profesora de la Escuela de Derecho y Diplomacia Fletcher de la Universidad de Tufts. “Sería un giro importante”.

Los defensores del clima han pedido al gobierno de Biden que se asegure de que la cooperación para el desarrollo se canalice para ayudar a los países vulnerables a adaptarse al cambio climático y que trabaje con sus aliados en Europa para animar a los países en desarrollo a construir proyectos de energía limpia en lugar de plantas de carbón contaminantes.

La Casa Blanca ha dado pocos detalles sobre cómo utilizar el dinero estadounidense para promover los objetivos climáticos en el extranjero. Kerry solo ha dicho que Estados Unidos, tras haber renunciado a una promesa de 2000 millones de dólares para el Fondo Verde para el Clima, respaldado por Naciones Unidas, “cumplirá” su compromiso financiero de ayudar a los países vulnerables a hacer frente a los riesgos climáticos.

¿Cómo cambiarán las alianzas de Estados Unidos con los países productores de petróleo?

El gran problema pendiente hasta ahora en una Casa Blanca centrada en el clima es qué hacer con las relaciones de Estados Unidos con Arabia Saudita.

La geopolítica de la energía ya había estado cambiando. Estados Unidos se había vuelto cada vez menos dependiente del petróleo del Medio Oriente, gracias al auge del esquisto en suelo estadounidense. Una Casa Blanca centrada en el clima podría acelerar el cambio.

“Tenemos la oportunidad de reformular y restablecer nuestras relaciones en el Medio Oriente por eso”, afirmó Gallagher. “El cambio climático es un factor adicional”.

Poco después de la victoria de Biden, el príncipe heredero de Arabia Saudita reveló sus planes para crear una ciudad sin autos.

LA PROBLEMÁTICA EN TORNO AL CAMBIO CLIMÁTICO

En la última década, el tema del cambio climático[1] ha adquirido gran relevancia a nivel internacional llegando a posicionarse como una de las prioridades de la agenda internacional, debido a las predicciones catastróficas para el planeta provistas por la comunidad de científicos. No obstante, el tema se ha politizado por la incidencia que tiene en el resto de las esferas de la vida cotidiana. Principalmente, me refiero al estrecho vínculo entre cambio climático y las cuestiones energéticas (es decir, su relación con el modelo y sistema económico que prevalecen).

Los gases de efecto invernadero (GEI)[2] son los causantes del cambio climático; entre éstos, el dióxido de carbono es el más abundante, ya que es emitido durante la quema de combustibles fósiles como el petróleo, el carbón y el gas natural. Estos recursos se utilizan hoy para prácticamente cualquier proceso industrial y agrícola, por lo que la regulación jurídica a favor del clima muchas veces ha sido entendida como una amenaza para diversos sectores de la economía y, en general, para el crecimiento económico.

A nivel internacional, el primer documento que trata el tema es la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) de 1992. Posteriormente, en la tercera Conferencia de las Partes (Cop–3), se aprobó el Protocolo de Kioto (1997), instrumento que estableció por primera vez compromisos cuantificables y vinculantes de reducción de emisiones de GEI para los Estados que lo ratificaron y que tuvieran el estatus de desarrollados, exentando a los países en

desarrollo, por considerar que eran mucho menos responsables históricamente de la crisis climática.

El cambio climático ha sido un tema particularmente problemático en Estados Unidos debido a su estructura gubernamental. Las características institucionales de la división de poderes han sido el principal obstáculo para adoptar medidas favorables en este ámbito (Antal, 2004: 103). Aunado a lo anterior, en el caso del cambio climático, el tema que me ocupa, existen tres circunstancias para entender lo anterior: a) hay evidencia científica poco conclusiva del fenómeno; *b)* Estados Unidos es uno de los mayores consumidores per cápita de energía fósil, y c) la magnitud de la oposición empresarial[3] interna fortalecida a través de su cabildeo en el Congreso (Falker, 2001: 168).

Hasta hace muy poco tiempo, este país había fungido como uno de los principales opositores a la regulación internacional a favor de la protección ambiental, específicamente en cuanto al tema de cambio climático; sin embargo, hoy parece que esa política ha dado un giro con las iniciativas planteadas por el presidente Obama.

LOS ESTÍMULOS DE OBAMA

Paul Isbell es investigador en el área de economía, comercio internacional y geopolítica de la energía, del Real Instituto Elcano de Madrid. En 2005, creó el Programa de Energía de dicha institución y desde entonces está a cargo de la dirección. Actualmente, reside en Washington D. C., donde se desempeña como asociado senior del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS).

La tesis principal de su artículo titulado "Una visión preliminar de la futura política energética de Obama" se centra en la idea de que lograr la independencia energética ha sido, desde la campaña presidencial, uno de los principales objetivos del actual presidente. No obstante, debido a otras prioridades existentes en la agenda nacional y a la crisis financiera actual, romper con la dependencia de los combustibles fósiles provenientes de naciones políticamente inestables y hostiles a su país es un tema que ha quedado relegado en la agenda legislativa, por lo que es necesario que el Estado asuma un papel más activo para lograr

consolidar su poder e influencia en el tema a nivel internacional (Isbell, 2009: 3).

De acuerdo con Isbell la independencia energética ha sido un tema retórico desde hace ya varias décadas. Sin embargo, en el pasado fue una prioridad para este país, ya que los precios del petróleo hicieron que Estados Unidos no viera dicha situación como una amenaza. No obstante, con el tiempo, la independencia energética cada vez se asocia más con la seguridad nacional, por lo que hoy en día prevalece la percepción de que mientras mayor sea dicha dependencia, el país y la seguridad nacional son más vulnerables.

Uno de los argumentos principales que emplea el autor para entender por qué le ha sido difícil al presidente Obama cambiar la concepción en torno a una economía energética es el de la crisis financiera global, pues ésta ha sido un obstáculo para el cumplimiento de los objetivos planteados en campaña. El déficit presupuestario del gobierno fue aproximadamente del 10 por ciento del PIB, esto supone el mayor déficit presupuestario desde la segunda guerra mundial (Isbell, 2009: 3). Derivado de lo anterior, los fondos canalizados para el programa energético de Obama no han sido los esperados.

De acuerdo con el autor, la pérdida de poder político, económico y militar de Estados Unidos se refleja en muchos ámbitos y uno de éstos es precisamente el tema energético. Para Isbell mantener ese poder depende de tres factores: en primer lugar, generar una recuperación económica lo más rápido y lo más dinámicamente posible, que es muy poco probable sin un estímulo estatal importante; en segundo lugar, lograr una transtransformación formación de la política energética nacional construyendo, cuanto antes, una economía "verde", y, finalmente, restablecer la influencia de Estados Unidos en el mundo, aunque se vea más constreñida por un marco multilateral, implementando una política climática ambiciosa (Isbell, 2009: 7).

Según el autor, el presidente Obama ya ha puesto en marcha algunas medidas que, aunque modestas, reflejan el cambio de política estadunidense, del que los expertos en la materia han venido hablando en los últimos meses. Para lograr los objetivos planteados en cuanto a la generación de energía renovable, el presidente ha puesto en marcha los siguientes estímulos: *a)* desgravaciones fiscales de la producción de

energía solar y eólica, lo cual es una realidad, pero se pretende hacer extensiva esta política a más tipos de energías renovables y a la inversión en eficiencia; *b)* desgravaciones fiscales para energías híbridas; c) primas;[4] *d)* normas de cartera de renovables;[5] *e)* fondo para la tecnología de energía renovable; *f)* programa nacional para gestionar las emisiones de CO_2 (sistema *cap–and–trade);*[6] *g)* mejorar la recuperación del petróleo y el secuestro de CO_2;[7] y, *h)* energía nuclear[8] (Isbell, 2009: 11–21).

Se concluye que la coyuntura económica y financiera actual es un elemento determinante para la formulación de la política energética del presidente Obama. De una forma u otra, dicha coyuntura ha servido para sensibilizar a los representantes y senadores estadunidenses en torno al problema climático. Por lo que se ha visto hasta el momento, puede asegurarse que el presidente está aprovechando los tiempos de crisis para ampliar su margen de maniobra política e influir en el Congreso. La investigación y desarrollo de tecnologías limpias se ha presentado ante la opinión pública como un aliciente para renovar el sistema financiero. No cabe duda de que este sector será considerado uno de los pilares para facilitar la reactivación de la economía estadunidense y mantener así su poder hegemónico que ha sido tan cuestionado en los últimos años.

EL MERCADO DE CARBONO: ¿COMO REDUCIR EMISIONES?

Joel Kurtzman es integrante del Instituto Milken, un *think tank* estadunidense apartidista y no lucrativo. Su línea de investigación principal es la globalización y sus riesgos. Es director ejecutivo del proyecto Save del instituto al que pertenece, el cual se enfoca en tres temas: seguridad energética, cambio climático y energías alternativas. Se ha desempeñado como editor de la *Harvard Business Review* y editor y columnista de *The New York Times.* En los inicios de su carrera trabajó como economista internacional para Naciones Unidas.

La idea central de su artículo "The Low–Carbon Diet, How the Market Can Curb Climate Change" es que el comercio de emisiones es el mecanismo de mercado más viable para mitigar el cambio climático en el planeta de una forma más eficiente y menos costosa, comparado con mecanismos no flexibles como por ejemplo fijar impuestos. De acuerdo

con el autor, el sistema *cap–and–trade* encarece las emisiones de gases de efecto invernadero, lo que motiva a los emisores a reemplazar las fuentes de emisiones por algo menos dañino para el medio ambiente. Si los emisores no pueden hacer la reducción, este sistema les permite comprar permisos para que continúen emitiendo hasta que estén listos para invertir en nueva tecnología. Con el tiempo, la cantidad de carbono en la atmósfera se reduce y el precio de los permisos se incrementa. Si alguna organización emite menos de lo que tiene permitido, ésta puede vender la cantidad no utilizada a otra entidad que exceda su límite (Kurtzman, 2009: 114).

La idea principal de este artículo se encuentra sustentada en dos ejemplos históricos exitosos de la regulación de problemas ambientales en Estados Unidos a través del sistema *cap–and–trade.* Dichos ejemplos son la lluvia ácida y el uso de la gasolina con plomo utilizada en los vehículos. Ambos problemas fueron manejados a través de un sistema *cap–and–trade* que resultó ser benéfico, pues actualmente ninguna de las dos cuestiones es considerada como un desafío ambiental de primer orden (Kurtzman, 2009: 116). Las sanciones, incentivos y recompensas que forman parte de este mecanismo de mercado deben ser lo suficientemente grandes para persuadir a los emisores a invertir en el cambio de la tecnología.

A pesar de las críticas de los ambientalistas más radicales a esta herramienta de mercado, de acuerdo con Kurtzman, es un modelo que debe ser considerado por los tomadores de decisiones como un método efectivo para combatir el cambio climático. El autor también resalta el hecho de que este problema, a diferencia de la lluvia ácida y la gasolina con plomo, atañe a todo el planeta y con múltiples dimensiones. Si bien la lluvia ácida y la gasolina con plomo involucran sólo a uno o dos sectores de la economía, las emisiones de dióxido de carbono se vinculan con prácticamente todos los aspectos de la economía global.

Justamente es en este contexto que se inserta la Ley Estadunidense de Energía Limpia y Seguridad, de 2009, propuesta por Henry Waxman y Edward Markey, y que pasó por la Cámara de Representantes el pasado 28 de junio de 2009. Ésta es una propuesta ambiciosa que busca reducir las emisiones de GEI a través de la creación de mercados de carbono. Su principal objetivo es reducir hacia 2050 dichos gases un 17 por ciento respecto de los niveles de 2005, comenzando con una

modesta reducción del 3 por ciento en 2012. Este tipo de iniciativas aunadas a las acciones emprendidas por varios estados de la federación (de manera voluntaria) y otras llevadas a cabo más allá de sus fronteras, como es el caso de la ciudad china de Tianjin, son ejemplos de que Estados Unidos le apuesta a combatir el cambio climático en el mundo a través de este mecanismo de mercado. También se menciona que las lecciones de la experiencia europea son de gran importancia para que no se cometan los mismos errores, como el de la sobre asignación de los permisos de emisiones. Dicha cuestión si bien fue problemática en el inicio del primer periodo de reducciones en la Unión Europea (2005–2007) porque provocó una fuerte caída en el precio de la tonelada de CO_2 emitida, ya se corrigió.

En opinión del autor, los impuestos como mecanismo no flexible sí pueden producir un cambio, pero éste se dará de manera lenta, mesurada y burocrática. Por otro lado, el comercio de emisiones es una forma más rápida de reducir el carbono en la atmósfera por tener la cualidad de combinar las sanciones e incentivos para los participantes. El que sólo haya un impuesto a las emisiones restringe la acción de contaminar, pero no incentiva ni estimula a los emisores para que cambien su tecnología, lo que sí se logra a través de los incentivos que forman parte del sistema *cap–and–trade* (Kurtzman, 2009: 118).

Desde la creación del Protocolo de Kioto, se consideró el comercio de bonos de carbono como el mecanismo más viable para manejar la crisis climática por las ventajas antes expuestas. No obstante, se deben recordar las múltiples críticas que éste ha recibido, en gran medida provenientes de grupos ambientalistas, las cuales se enfocan en la cuestión de que la naturaleza es un conjunto de bienes invaluables, por tanto, el comercio de emisiones va en contra de la lógica de la protección ambiental por ser éste un bien común. Contrario a lo anterior, el medio ambiente ha sido reducido a una mercancía en beneficio de las empresas contaminantes.

¿QUIEN DEBE PAGAR?

Michael Levi es miembro del Consejo de Relaciones Exteriores, un *think tank* estadunidense apartidista; trabaja en el área de energía y medio ambiente. Su interés se centra en el punto de intersección entre ciencia,

tecnología y política exterior. Es director del proyecto de seguridad energética y cambio climático del consejo al que pertenece.

Su artículo "Copenhagen's Inconvenient Truth" respalda la idea de que, para que hayan avances en las negociaciones internacionales sobre cambio climático, no sólo es indispensable que Estados Unidos asuma una posición más cooperativa en lo internacional y más comprometida en lo interno, sino que es necesario que los mayores emisores de GEI del mundo en desarrollo también asuman compromisos para lograr alcanzar los objetivos fijados por la comunidad internacional en la materia.

Previamente a la décimoquinta reunión de la Conferencia de las Partes o reunión de Copenhague (Cop–15), la comunidad internacional abrigó grandes expectativas de que finalmente se aprobaría un nuevo acuerdo sobre cambio climático. Mucho se habló sobre un mecanismo sustituto o continuador del Protocolo de Kioto. Dicha expectativa se fundamentó en gran medida en el cambio de actitud de la política de cambio climático en Estados Unidos, luego de la llegada de Barack Obama a la presidencia.

Según el autor, las naciones ricas se han interesado en que los mayores emisores de CO_2 del mundo en desarrollo sean obligados a limitar sus emisiones, principalmente China, India, Brasil, Indonesia y Rusia. En los niveles de crecimiento actuales de sus economías, estos países contribuyen con una buena parte de las emisiones totales globales. Sus gobiernos han justificado su negativa a un nuevo acuerdo con la actitud poco cooperativa de Estados Unidos, quien hasta hace poco era el mayor emisor mundial de CO_2.[9] Cabe mencionar que actualmente China es uno de los principales emisores mundiales de CO_2 –únicamente si consideramos las emisiones totales–, sin embargo, al hablar de las emisiones per cápita o las históricas, queda rebasado en gran medida por Estados Unidos.

Para Levi, el cambio en la política de Estados Unidos ha llegado, la administración de Obama está dando pasos ambiciosos para limitar las emisiones nacionales de dióxido de carbono y el Congreso está considerando la aprobación de leyes que ayuden a combatir el cambio climático forma eficiente. No obstante, de acuerdo con los legisladores estadunidenses es necesario que tanto China como India se

comprometan a reducir sus emisiones en el corto plazo. De hecho, es prácticamente una condición de parte del Senado estadunidense para aceptar cualquier tipo de tratado internacional que se adopte en la materia.

A pesar de lo anterior, China e India han hecho declaraciones acerca de que, por el momento, no están dispuestos a ser sometidos a dichas reducciones; esto podrán hacerlo hasta después de una década. Por el contrario, asumiendo su posición de países en desarrollo, han demandado, la creación de un fondo que les ayude a reducir sus emisiones y a adaptarse al cambio climático. Ante esto, los principales gobernantes del mundo desarrollado se han opuesto a enviar financiamiento a sus competidores económicos actuales y futuros sólo para lograr que se concrete un nuevo acuerdo.

Uno de los argumentos principales de Levi para justificar la necesidad de un compromiso de reducción por parte de los mayores emisores del mundo en desarrollo es que el núcleo del esfuerzo global para limitar las emisiones no vendrá de un solo tratado global, sino que de una serie de mecanismos construidos de abajo hacia arriba, mediante políticas nacionales ambiciosas y la cooperación internacional centrada en oportunidades específicas para limitar emisiones.

Por ello, el autor propone una alianza con tres países en desarrollo que son clave en el tema. En primer lugar, habla de una alianza entre Estados Unidos y China, a través de la cual se produciría tecnología limpia a precios que podrían ser competitivos en el mercado mundial; en segundo lugar, la política con India se centraría en la cooperación tecnológica debido a la capacidad de su sector tecnológico (lo anterior tendría el objetivo de crear una red eléctrica inteligente para poder abastecer a más del tercio de la población de dicho país que aún carece de electricidad); y en tercer lugar, se encuentra el caso de Brasil, que a pesar de poseer uno de los sistemas energéticos más limpios del mundo, debido a su energía hidroeléctrica y de biomasa, sus niveles de deforestación son muy elevados.

Por otra parte, el resto de las naciones desarrolladas ha llegado a un consenso sobre que el objetivo global de reducir el 50 por ciento de emisiones en 2050, comparado con los niveles de 1990, sólo podrá lograrse si se trabaja conjuntamente con los países en desarrollo. Se ha

generado gran temor por el rápido crecimiento económico de China e India, principalmente. Es un hecho que en la medida en que se desarrollan, sus índices de contaminación se incrementan. Por ser considerados como países en desarrollo durante la etapa de Kioto fueron exentados de limitar sus emisiones.

De acuerdo con Levi mientras no haya compromisos serios por parte de las legislaciones de los mayores emisores del mundo en desarrollo será imposible la ratificación de un nuevo acuerdo en el Senado estadunidense. Estados Unidos debería presionar a los países más grandes y ricos que son los mayores emisores del mundo en desarrollo para que acepten que necesitan tomar acciones significativas por su propia cuenta antes de esperar ayuda financiera de Washington (Levi, 2009: 103).

A pesar de las razones antes expuestas por Levi con respecto a la necesidad de una participación más activa de los países en desarrollo, cabría cuestionarse qué tan justo es para dichos países comprometerse a reducir sus emisiones de GEI, cuando tienen una serie de problemas socioeconómicos internos más graves y de mayor relevancia para sus políticas públicas. Lo anterior hace necesario recordar que el Protocolo de Kioto reconoce el principio de las responsabilidades compartidas pero diferenciadas, apoyándose en la idea de que las naciones desarrolladas tienen una responsabilidad histórica mucho mayor por la actual crisis climática que el resto del mundo.

CONSIDERACIONES FINALES

El presidente Obama tiene ante sí un gran reto, el cual podrá alcanzar cuando finalmente se logre un consenso entre los diversos sectores empresariales que inciden en el diseño de su política de cambio climático. Además, los intereses empresariales a favor del medio ambiente, las organizaciones no gubernamentales pro ambientales, los consumidores y la opinión pública son otros factores que pueden servir como catalizadores para llegar consenso.

Con la conjunción de los factores antes mencionados, podría asegurarse que la futura política internacional de cambio climático estadunidense se muestre mucho más cooperativa. Hasta ahora hay

algunos avances sectores en la política de cambio climático; sin embargo, aún no se ha dado el gran paso que permita corroborar el giro de dicha política. Lo que hace distinto este momento es la coyuntura internacional, en la cual encontramos por un lado la crisis económica global y, por el otro, la cada vez más evidente pérdida de la hegemonía estadunidense, que hace urgente la toma decisiones de gran envergadura. El consenso entre los actores antes mencionados sin duda hará la diferencia en esta ocasión. Todo ello depende de que Estados Unidos juegue o no el papel de líder en las negociaciones sobre cambio climático y mantenga su estatus hegemónico en el presente siglo.

BIBLIOGRAFÍA ANALIZADA

Isbell, Paul. 2009. "Una visión preliminar de la futura política energética de Obama", Real Instituto Elcano, Madrid, abril, disponible en http://www.almendron.com/politica/pdf/2009/9122.pdf, consultado el 10 de enero de 2010. [Links]

Kurtzman, Joel. 2009. "The Low–Carbon Diet, How the Market Can Curb Climate Change", *Foreign Affairs,* vol. 88, no. 5, septiembre–octubre, pp. 114–117. [Links]

Levi, Michael. 2009 "Copenhagen's Inconvenient Truth", *Foreign Affairs,* vol. 88, no. 5, septiembre–octubre, pp. 92–104. [Links]

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Antal, Edit. 2004. Proceso de toma de decisiones en Estados Unidos y en la Unión Europea", en *Cambio climático: desacuerdo entre Estados Unidos y Europa,* México, CISAN, UNAM/Plaza y Valdés, pp. 89–144. [Links]

Falker, Robert. 2001. "Business Conflict and U.S. International Environmental Policy: Ozone, Climate, and Biodiversity", en Paul Harris, *The Environment, International Relations and U.S. Foreign Policy,* Washington D.C., Georgetown University Press, pp. 157–177. [Links]